

2001

**Ismael Gavián: *Fabulaciones delaire de otros reynos*. Valparaíso, Chile, Ediciones SollInvictus, 1999. LXXV páginas.**

Marcelo Pellegrini

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

## Citas recomendadas

Pellegrini, Marcelo (Otoño 2001) "Ismael Gavián: *Fabulaciones delaire de otros reynos*. Valparaíso, Chile, Ediciones SollInvictus, 1999. LXXV páginas.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 54, Article 22.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss54/22>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

**Ismael Gavilán: *Fabulaciones del aire de otros reynos*. Valparaíso, Chile, Ediciones Sol Invictus, 1999. LXXV páginas.**

Que un poeta se proponga con un texto de su autoría “fabular” ciertos hechos, escenas e imágenes posee, hoy por hoy, mucho de lúcido y ejemplar. Es lo que hace Ismael Gavilán en este libro de poemas: contar, relatar un momento de intensidad con los dones de su palabra. Para ello, se vale de ciertos personajes (máscaras) que pertenecen al rico acervo de la literatura y el arte universal y los hace hablar en cada texto. No se nos escapa, sin embargo, el guiño irónico del poeta; la reflexión de sus personajes se halla suspendida en la página con cierta distancia discursiva que, desde el título de cada poema, nos indica la “teatralidad” de sus gestos. Refrenda lo anterior el epígrafe de Hugo von Hofmannsthal que abre el libro y que comienza... “Pues bien, juguemos al teatro, representaremos nuestras propias obras, prematuras, tiernas y afligidas (...)” y un “dato” o “contraseña” de lectura que, al comienzo, nos dice que este libro está hecho “a los manes de Rubén Darío”, maestro de la representación poética, mensajero sagrado de la lejanía. Otra presencia importante en ese sentido es Luis Cernuda, lector de Robert Browning y autor, de acuerdo a ese modelo tutelar, de monólogos dramáticos, composición poética paradigmática para el chileno en muchos sentidos.

La lucidez de Gavilán consiste en el reconocimiento de esa distancia que todo poema establece. Su palabra recorre los caminos que los personajes de sus poemas dejan como rastros –restos– de lenguaje. Reales o no, apócrifos o verdaderos, cada uno de estos nombres quiere decirnos que su realidad está, irreductiblemente, ligada a la palabra. En el caso de Gavilán, esa palabra es, tal como lo dice uno de sus poemas, “relámpago de soberbio y blanco ardor”.

Relámpagos, chispazos, súbitas iluminaciones: el “blanco ardor” de la página está marcado por la voz de los personajes que, a veces, se desdoblan en el hablante. Esto es, qué duda cabe, notable, por lo mucho que revela sobre del dominio que Gavilán tiene de la “técnica” poética; cada uno de sus textos es, junto a las voces que revive, una historia de su propia construcción

verbal. Así, nos encontramos, de pronto, con Omar Khayan que, al intentar invocar la noche, transforma sus palabras en sentencias de alguien que le es ajeno. Mejor dicho, el libro es, en su dinámica interna, un constante ir y venir entre la constitución de un hablante que dice lo que otros personajes, elegidos por él mismo, profieren y lo que esos nombres entregan como esencia hecha verbo. Nos quedan, al final, las “voces” – palabra casi ubicua en este libro – de quienes se aparecen a la vuelta de cada página.

La oscuridad aparece al descubierto  
 en el juego acariciado por la música  
 al danzar como sueño destrenzado  
 por la secreta luz desvanecida.

(Primera estrofa de “Omar Khayan invoca la noche”, p. xix)

La “secreta luz desvanecida” pareciera ser ese conjunto de voces que, aquí y allá, se han dispersado por los meandros de estas páginas. Leer estos textos es, entonces, emprender una búsqueda. Para ello, hemos de viajar a los más diversos lugares acompañados de los más diversos personajes: Rubén Darío, Fernando de Herrera, Hölderlin, Heliogábalo, Gustav Klimt, Ofelia, Narciso, Orfeo, Amadís de Gaula, Kavafis, etc. La proliferación de nombres y de otros personajes anónimos es una lucha contra el vacío. Cada uno a su modo contribuye a protegernos de una caída que – vislumbramos – es inminente. De este modo, los viajes y estancias que el lector emprende a cada instante son una recuperación de la lejanía arcádica nacida de la nostalgia. Un poema fundamental en este sentido es “Basora”, que nos cuenta la historia de una anónima esclava que, a ojos del hablante, es una especie de imagen del paraíso vislumbrado y perdido. Cito algunos fragmentos:

Las naves descargaban esencias de Ormuz,  
 trigo como labios sagrados.  
 El mar, soplando abandono,  
 reflejaba al sol de estío entre los capiteles.  
 Ahí estabas, recién llegada de Cartago  
 como noche malherida en un reino inexistente:

(...)

El viento dibujaba en las espadas un silencio libérrimo  
 mientras un etíope te ofrecía una copa de marfil  
 como si fueras una reina.  
 Sin duda, mas ¿de dónde?

Tu boca murmuraba por sueños perdidos  
a dioses que nunca conocí.

(...)

Las naves descargaron esencias de Ormuz  
y tu ser se convirtió en una flecha  
que, ahora, hierde el fulgor celeste.

(p. xxxiii)

La aparición de esa figura es un testimonio de la lejanía a la que este libro hace permanente alusión. La palabra – al parecer – no es más que un elocuente testimonio de la “pérdida del reino”, para recordar nuevamente a Darío. Ahora bien: visto este gesto desde “el lado de acá”, es decir, desde una época que es muy diferente a la del maestro nicaragüense y muy diferente, por cierto, a la de las vanguardias de todo tipo, no podemos dejar de pensar en el gesto altamente autoirónico de Gavilán. A lo largo de las páginas este libro, nuestro autor nunca deja de estar consciente de esa distancia que lo separa de todo fatalismo y de todo didactismo. Nada más autoconsciente que este libro de Gavilán que contiene homenajes (imitaciones) de esas “torres de Dios” que son algunos de sus poetas predilectos y que, además, nos entrega “proyectos de sonetos” – como su mismo autor los llama – en saludo a Fernando de Herrera. En este contexto podríamos hacer una lectura del poema “Narciso” como muestra de la escritura que se mira a sí misma y se examina:

(...)

Y mi rostro, quemado,  
es bello sobre el sendero del agua,  
principio sombrío de cualquier amanecer

(...)

Sólo mi gesto es palabra sepultada  
en el estanque desnudo.

(p. xiii)

La riqueza y validez de esta propuesta lejana a una vanguardia optimista reside, a mi juicio, en el claro y diáfano saludo de un poeta ajeno a la angustia de las influencias. Gavilán sabe perfectamente que el mundo al que hace referencia su libro ha sido, hoy por hoy, reformulado desde actitudes como

la suya que ven, al fondo de cada poema, no el caos de Novalis sino los atisbos de una idea distinta del arte que, escurridiza, “es imagen que se escurre en la ventisca”.

**Marcelo Pellegrini**  
University of California, Berkeley